

«FRANCO ES FUNDAMENTALMENTE INTELIGENTE, REFLEXIVO Y PREVISOR, Y NO DEJA NADA AL AZAR»

Valor sereno, prudencia, firmeza y tolerancia: esas son sus condiciones humanas
DECLARACIONES DEL MINISTRO DEL EJERCITO, TENIENTE GENERAL BARROSO,
AL DIRECTOR DE A B C

El ilustre teniente general don Antonio Barroso, ministro del Ejército, ha pasado junto al Generalísimo Franco, en las épocas más culminantes de la Cruzada de Liberación y en las más afanosas de la paz, gran parte de su vida de soldado. El Movimiento Nacional le sorprendió en París, siendo agregado militar a la Embajada de España, y su dimisión acarreada el 18 de julio de 1936 otras muchas renuncias de agentes diplomáticos españoles. Barroso desplegó en Francia, en los primeros días dramáticos de nuestra guerra, una tan fecunda actividad, que el Gobierno del Frente Popular de León Blum, requerido por el Frente Popular que desde Madrid presidía cruentamente el desastre rojo, lo expulsó de su territorio. A partir de entonces, en el Estado Mayor de Franco, cuyas columnas conquistaban impetuosamente Badajoz, Talavera, Toledo y la Ciudad Universitaria, el teniente general Barroso no abandonó al Generalísimo. Fue nombrado por éste jefe de Operaciones de su Estado Mayor.

Pensando en su limpia ejecutoria de militar, en su larga e integérrima lealtad al Jefe del Estado, cuyas bodas de plata con la Primera Magistratura de España se celebran en el día de hoy; conociendo también nosotros, por directo valimiento, su llaneza comunicativa, su penetración de juicio, la amplitud de su cultura, dentro y más allá de las materias militares, y la benevolencia de su carácter; fiados, en fin, de su rigor como testigo persistente de la vida de soldado y de estadista del Caudillo..., a él hemos acudido hace días, hurtando tiempo a su descanso veraniego, para conversar extensamente, ajenos a las formalidades y apremios de su Ministerio y en tono menor y amistoso; conversar en torno a Franco. ¿Cómo fue el Generalísimo en los lances más dificultosos de la guerra? ¿Cuáles son sus condiciones humanas más sobresalientes? ¿Cómo manda, cómo escucha, cómo estudia, cómo conoce a los hombres? ¿Cómo es, en fin, el hombre que ha labrado a España en los más arduos momentos de su Historia contemporánea; el hombre que ha vencido en la guerra y en la paz y que ganoso sigue de victorias para su Patria?

Sólo agregaremos una cosa: que las preguntas surgieron espontáneamente y que espontáneamente fluyeron las respuestas. El diálogo más abajo impreso es transcripción fiel y exacta.

uno de ellos repercute en el concierto. Lo verdaderamente importante es que su director la sepa conducir con acierto y que los ejecutantes acaten con disciplina sus instrucciones. Nuestro Generalísimo fue el director de calidad que nos hizo cumplir a todos el papel que nos correspondía, y nunca hubo favoritos ni camarillas en su orquesta. Como hombre inteligente acepta el diálogo al plantear una operación o durante las incidencias que surgen en su desarrollo. Escucha, conoce opiniones y valora puntos de vista. Luego es él quien dice la última palabra y dicta una clara decisión. Cabe servirle bien, ayudarle inteligentemente, facilitarle estudios para que pueda basar sus decisiones, pero quien pretenda buscar influencias personalistas irrazonables, yerra el camino. Todo ello crea un clima de colaboración confiada en el que Franco señala la vía que hay que seguir para desarrollar un trabajo que, claro está, resultará más o menos eficaz, según se ejecute bien o mal. Lo normal es que resulte lo primero, pues el Generalísimo sabe captar voluntades y todos sus colaboradores dan de sí cuanto tienen dentro.

Centradas las cosas en el terreno en que yo puedo dialogar con usted y contestar a sus preguntas, voy a hacerlo a la primera que me acaba de formular, no sin antes expresarle mis temores de defraudar a los lectores de A B C y a usted mismo, que acaso esperan muchas más

—Ha sido Vuestra Excelencia la personalidad militar española que ha estado más tiempo, y en tiempos de dura lucha, con S. E. el Jefe del Estado. En la Cruzada colaboró usted intensamente con el Generalísimo. Más de treinta meses, y en ocasiones todas las horas del día y de la noche, en las jornadas más arduas de la guerra, a su lado estuvo usted, y en los empeños elevados del Generalísimo tuvo usted participación. Estas son las razones de que acudamos en su ayuda para conocimiento de los lectores de A B C. Y se nos ocurre preguntar en primer lugar: ¿Cree usted que es laboriosa la inspiración de guerrero del Generalísimo Franco o es de generación subitánea?

—Ante todo he de decirle que valora usted muy por exceso mi modesta personalidad militar y mi intervención cerca de Franco durante nuestra Cruzada. Como miembro de su Estado Mayor ocupé, claramente, un puesto de confianza a su lado, y le serví con lealtad y entusiasmo. Por ser ese puesto la Jefatura de la Sección de Operaciones, es natural que en los periodos operativos a que se contrae su comentario hubiese de cumplir misiones delicadas e importantes, pero no debo dejar de señalar que todos los miembros del Cuartel General y del Estado Mayor también las tuvieron. Ya sabe usted que todos cuantos trabajan en un Estado Mayor forman una orquesta, en la que cada instrumento desempeña su papel dentro del conjunto y cualquier desafinación de



El Generalísimo sigue el curso de las operaciones durante la campaña de Cataluña.

cosas inéditas de nuestro Generalísimo de las que yo les cuento.

Franco es hombre fundamentalmente inteligente, reflexivo y previsor, que no deja nunca nada al azar, dentro de la limitación de las posibilidades humanas. Por eso creo que su inspiración guerrera participa de los dos aspectos que usted señala. Es un hombre que posee un sentido nato para ver los problemas militares, pero que no desdena complementar su visión inicial mediante el estudio profundo. Nunca olvidaré, por ejemplo, las muchas horas de estudio agotador que dedicó y nos hizo dedicar a su Cuartel General para decidir, después de la victoria del Ebro, si convenía reanudar las interrumpidas operaciones sobre Sagunto y Valencia o avanzar sobre Cataluña. Lo primero arrebataría al mando rojo la huerta valenciana, base de sus abastecimientos, provocando la caída indirecta de Madrid, y acaso, sin disparar un tiro, la de Cataluña; pero exigía mucho tiempo. Lo segundo sería una rápida y directa explotación del éxito obtenido en el Ebro, que llevaba a la frontera con Francia y pondría bajo el mando nacional la rica e industriosa región catalana en breve tiempo, pero, sobre todo, cerraba las puertas por donde penetraban los refuerzos de guerra del bando rojo. Después de medir en prolijos estudios, los pros y los contras de ambas operaciones, optó por la que muchos consideraban más audaz y problemática, pero el resultado confirmó su razón. La operación sobre Cataluña fue una prueba más de la enorme talla estratégica de nuestro Generalísimo, que originó el rápido final de nuestra guerra. Su decisión fue la más ajustada a la realidad operativa del momento, entre otras cosas, porque la amenaza de guerra total en Europa era inminente y obligaba a terminar pronto la nuestra, para no vernos inoportunamente mezclados en el conflicto. Todo lo estudió con detalle minucioso, y mientras viva no se me olvidarán nunca los días agotadores que pasé, sin posible reposo, en cumplimiento de sus instrucciones. En poco más de un mes, Cataluña quedó del lado nacional, con poco desgaste por nuestra parte, y Franco supo resistir a la tentación de una caída espectacular de Madrid, lentamente rendida por el hambre al faltarle la huerta valenciana. Bien es verdad que en su decisión también influyeron razones puramente humanitarias, y más de una vez le oí decir: "Madrid caerá como una fruta madura nada más ocupar Cataluña. Ahorremos el sufrimiento del hambre y del asedio a sus habitantes." Así sucedió.

Resumiendo: Franco es el Jefe que no improvisa; el General que mide y estudia los factores de la decisión sin dejar de considerar un solo aspecto del problema; el hombre de inteligencia viva y clara que sabe elegir el camino más acertado; el conductor sereno que sabe amoldarse y enfrentarse con situaciones cambiantes y difíciles sin dejarse impresionar por su peligrosidad. No olvida nunca que la guerra es la lucha entre dos voluntades, y se mantiene siempre atento y en tensión, a fin de reaccionar contra lo que pueda ocurrir el adversario para oponerse a su propia voluntad. Reúne, en suma, las grandes cualidades y virtudes propias de los caudillos más sobresalientes de la Historia.

—Nos ha descrito usted magistralmente al Generalísimo Franco como hombre de guerra. En Franco se admira la energía del hombre militar y también la tolerancia de su conducta como estadista civil. ¿Cómo se ha podido realizar esta rara coyunda de temperamentos?

—Realmente casi le he contestado a us-

ted en la respuesta anterior al hacerle la síntesis de sus condiciones. Entiendo que energía y tolerancia no son absolutamente contrapuestas, sino cualidades que él sabe aplicar en la circunstancia oportuna. Franco posee ambas cualidades, ciertamente, y las ha demostrado a lo largo de toda su vida. Desde muy joven tuvo ya inmensas responsabilidades de mando. En la Primera Bandera de la Legión, recién fundada, hubo de ejercitar un mando que sin energía le hubiese arrastrado al fracaso. No se llevan hombres a la muerte sin ostentar un valor personal sereno, como siempre fue el suyo; un valor frío que no necesita de excitantes, sino que es fruto de un tremendo dominio sobre sí mismo y sobre los instintos humanos. Y valor sereno es energía. La tuvo, desde muy joven, desdenando lo espectacular y lo brillante, para ir a lo eficaz, y, gracias a Dios, la sigue teniendo. Sin ella, ¿cómo podría haber superado una guerra tan difícil y gobernado durante veinticinco años al pueblo español? Pero para hacerlo también ha tenido que ejercitar la tolerancia, pues al español ni le gusta ni acepta que le domeñen injustamente. Quiere y respeta a los gobernantes cuando tienen las cualidades de Franco. Firmeza y tolerancia. Nada hay tan verdad como que Franco no es un dictador. Algunos extranjeros se lo achacan por rutina, pero todos los españoles saben bien que no es así y saben que manda al país como un padre que lleva el gobierno de una familia: rígido solamente contra aquello que no puede ser tolerado, pero también comprensivo y generoso.

Franco sabe hacer frente a todas las circunstancias, aunque sean tan diferentes en la guerra y en la paz. Con el país en paz, en orden y en calma, sus decisiones de gobierno pueden ser estudiadas más a fondo y asesoradas con más detalle, pues, en general, los problemas a resolver no son tan acuciantes como en la guerra. Desde el primer momento de nuestra Cruzada, en cuanto fue proclamado Jefe de Estado, comenzó a gobernar a España con la mirada puesta en su futuro, al mismo tiempo que combatía, porque un gran estratega es, en potencia, un gran estadista, y viceversa, y un jefe organizador como él tenía que construir la nueva España a medida que la iba reconquistando. Los problemas civiles del país los estudia con la misma profundidad con que estudiaba los de guerra; elabora directivas para sus ministros, una vez que ha oído a cuantas personas u organismos debe oír. Hombre inteligente, tenaz, hábil y ponderado, cualidades éstas las más acusadas de su personalidad, su conducta, tanto en la guerra como en el gobierno de su Patria, está basada en una inquebrantable voluntad de vencer, en una tenaz resolución para superar los problemas y en una visión futura, aguda y perspicaz, consecuencia de un profundo estudio de previsión. Ha gobernado y gobierna desde su puesto de mando con una cautela que quisiéramos ver en otros gobernantes extranjeros. No me resisto a narrar una frase suya que quedó grabada en mi recuerdo en ocasión de darle cuenta de la falta de previsión que tuvo un general, cosa, por otra parte, que inevitablemente sucede a veces aun a los mejores mandos por la dificultad intrínseca que encierra esa tarea de mandar soldados en la guerra. El Generalísimo, al conocer la imprevisión, sin salirse de tono, dio las órdenes oportunas para corregir el "lapsus", y comentó, entre enérgico y humorístico:

"Todos mis generales deberían ser galegos. No sucederían estas cosas."

En la evidente hipérbole de la afirmación irónica late el alto concepto que siempre mereció a Franco las condiciones de la raza



Frente a uno de los coches del famoso "Tren Terminus", su Cuartel general en campaña, el Generalísimo despacha con el entonces teniente coronel Barroso, hoy ministro del Ejército, la víspera de una de las admirables operaciones realizadas en el año 1938 por el Ejército Nacional. (Foto Campúa.)

galega, la raza de sus paisanos, que tantos grandes hombres políticos ha dado a España. Hombres listos, analíticos y previsores a quienes Franco ha sobrepasado con creces. Sus profecías sobre el desarrollo de la política mundial de la postguerra, enunciadas durante su transcurso—de muchas de las cuales es testigo de mayor excepción Sir Samuel Hoare, embajador de Su Graciosa Majestad Británica en Madrid—, dejan verdaderamente atónitos a los que vamos comprobando cómo se cumplen punto por punto, con matemática precisión. ¡Qué pena que en tierras extranjeras no supiesen ver la realidad y fundamento de cuanto predijo! En sus discursos, en sus conversaciones y en los coloquios con sus colaboradores aparece la visión profética de este hombre, y algún día pondré en limpio, si Dios me da vida, las numerosas notas que tengo tomadas, y que confirman cuanto acabo de decirle. Recopile usted sus manifestaciones públicas y obtendrá el mismo resultado.

—Los españoles tienen la sensación de que el Jefe del Estado nunca ha restringido la libertad de acción de sus ministros, a los cuales, mientras lo son, y aun después de serlo, defiende con porfía. ¿Considera Vuestra Excelencia que es un rasgo de hombre educado en la disciplina militar?

—Franco, en efecto, es un Jefe de Gobierno condescendiente con sus ministros, a los que deja trabajar con libertad. No es un Jefe cicatero que se meta en todo y coarte iniciativas. La libertad de acción que nos concede en los asuntos específicos de cada Ministerio no supone abandono de las riendas de la gobernación del Estado. La dirección de ésta es suya, y jamás pierde su norte, que condensa en directi-



por que escuchar su aprobación, pues su clarividencia y la profundidad de sus conocimientos de gobierno a todos han merecido tan elevado concepto que alivia y conforta oír comentarios elogiosos sobre el trabajo presentado, y, por el contrario, si hace observaciones o sugerencias, ellas resultan siempre atinadas. Como ya le he dicho anteriormente, acepta toda clase de discusiones y admite de buen grado la controversia; con su gran práctica de mando, aparte sus condiciones personales, dirige a sus Gobiernos sabiendo la finalidad general y el objetivo de cada momento. Así se manda en la milicia, y por ello no es de extrañar que con un conocimiento profundo de sus subordinados los comprenda y defienda, si es justo, pues en el Ejército nada hay más grato para un jefe ni que le llenen tanto de satisfacción como escuchar: "Es de los que no dejan en la estacada a los suyos."

ra victorioso se confunde con el estadista, sereno y equilibrado. En sus respuestas hemos visto que Vuestra Excelencia confirma plenamente esta creencia. Ahora ¿querría preguntarle cómo cree usted que surgió el estadista del cultivo de un gran militar, considerando como estadista al legislador afanado por el bienestar y la alegría de sus gobernados.

—Tiene usted razón. No quisiera que se me atribuyese un exagerado militarismo por puro ejercicio profesional, pero creo firmemente que es buena coyunda la del general y el estadista. Sin embargo, no es fácil esta conjunción. Cuando preguntaban a Napoleón qué cualidad desearía para sus mariscales contestaba: "Que tenga cualidades civiles." ¡Qué profundidad encierra esta frase! Cuando existe la feliz conjunción de cualidades guerreras y civiles se llega al hombre de gobierno perfecto. Franco es uno de estos hombres. Recuerdo que en plena guerra mundial segunda un general de gran talento militar, pero de escasa visión política, ponía en duda las cualidades de Franco como estadista, augurándole un corto plazo de gobierno. Yo, que ya conocía de cerca al Franco estadista de la Cruzada de Liberación y sus planes de gobierno, que tantas veces había expuesto ilusionado en aquel "Términus", durante las largas travesías de la guerra, rebatía a mi interlocutor diciéndole: "Usted se equivoca. Usted no conoce bien a Franco. Siempre sabe lo que quiere y adónde va, y le sobra talento, habilidad, patriotismo y tenacidad para salvar cuantos obstáculos se opongan en el camino emprendido. Acaso hoy esté desarrollando todavía su experiencia de gobierno, pero la adquirirá pronto, y llegará a dominar todos los problemas. Siendo un gran español tiene características poco comunes a la mayoría de los españoles, y triunfará. Le he visto hacer cosas en la guerra que me proporcionan fe absoluta en cuanto le digo. El país tiene el instinto de lo que le conviene, y está cansado de los políticos de relumbrón, gran-

vas. Conjunta y coordina a los ministros con mano maestra, como corresponde a su extraordinaria experiencia de gobierno. Quiere que se trabaje en equipo, y lo logra con suavidad extraordinaria. Al despachar con él se le explican los proyectos, y créame que nada hay más tranquiliza-

facción como escuchar: "Es de los que no dejan en la estacada a los suyos."

—Habrá podido observar el señor ministro que las anteriores preguntas están enderezadas hacia esa superficie de tangencia donde creemos que el gene-



El General Franco, con los componentes del primer Gobierno nacional, en Burgos.

des oradores, pero poco realizadores. Franco ya ha sabido orquestar un Estado y un sistema que le permitirá caminar hacia las metas propuestas. Su prudencia, su tenacidad, su energía y su ecuanimidad conseguirán el resto." Quedó el general pensativo, y hoy podrá contemplar la obra gigantesca de Franco por la salvación de España. No necesita el relumbrón. Su éxito es hablar poco y hacer mucho. En la guerra casi le teníamos que empujar materialmente para salir a corresponder a las aclamaciones de la multitud. Ni es populachero ni se vale de estos medios para conseguir el afecto y el reconocimiento del pueblo. Siempre estuvo seguro de marchar por el buen camino, y un día me lo decía con estas palabras: "El mundo tendrá que copiar, con más o menos diferencias, mi sistema, o marchará dando traspiés." A la vista está que los va dando y los dará si Dios no inspira las mentes de ciertos gobernantes.

—Es agradable oír ese bosquejo del político prudente, y oírlo de labios de un gran colaborador de Franco. Se me ocurre pensar en aquella magnífica sentencia de Cicerón: "Prudentia, sine qua intelligi quidem ulla virtus potest." Sin prudencia no hay virtud alguna, porque ella evita que las virtudes se conviertan en exageración; que el valor pase a temeridad; que la economía degenera en avaricia, la justicia en crueldad, la moderación en debilidad, la libertad en licencia.

Y ahora, volviendo a nuestra Cruzada, ¿querría usted, señor ministro, decirme cuáles fueron los trances más apurados en que se vio el Caudillo durante la Cruzada Nacional, aquellos trances en que pudo usted percibir en el ánimo del Generalísimo una real preocupación?

—Trances apurados, hubo muchos; tantos, que ya no podría recordarlos todos. Pero puedo decir que nunca le vi perder esa serenidad de tanto valor en los jefes militares y, por supuesto, en los de Estado y Gobierno. Ahora bien, si quiere usted una impresión muy personal sobre la ocasión en que le vi más preocupado, aunque fuese momentáneamente, le diría sin vacilar que fue durante el ataque rojo al frente de Madrid por Brunete y otros puntos del cinturón que rodeaba la capital de España. A medida que le iba informando de los partes recibidos y de la versión directa obtenida en conversaciones telefónicas con los mandos y los Estados Mayores de nuestras unidades, me miraba como si quisiera escudriñar en mi rostro la verdadera impresión que me producía lo que estaba pasando. Cuando le dije: "Algunos carros enemigos han atravesado ya la carretera de Campamento", se quedó pensativo, midiendo lo peligroso de la penetración, y recuerdo que comentó con voz grave:

"Me han tirado abajo el frente de Madrid."

Su reacción no se hizo esperar. Apenas un minuto después, ya estábamos enfrascados sobre el plano, trazando una segunda línea y otra tercera para recoger las unidades arrolladas y reorganizar un frente que, en efecto, parecía derrumbado. En breves minutos dictó órdenes atinadísimas, que pusieron los hitos de la recuperación de todo, en la batalla quizás más clásica de nuestra guerra, pues consistió en la reducción de una gran bolsa sobre la base de sostener sus pivotes y su fondo, reforzando éstos en un esfuerzo angustioso por lo urgente, hasta conseguir detener al enemigo e irle estrangulando más tarde su única línea de abastecimientos. Tomadas las primeras disposiciones, que transmitimos telefónica-

mente al general Saliquet, jefe del Ejército del Centro, y al general Varela, que con la XIII División y otras grandes unidades taponaba la brecha, salimos en coche a Navalcarnero, donde se encontraba el Estado Mayor del Ejército del Centro, y allí, en unos puestos de mando o en otros, según el azar de la batalla, se fue amasando la resonante victoria de Brunete, que culminaría definitivamente el 25 de julio de 1937, fiesta de Santiago Apóstol. Como siempre, el Apóstol dispensó su protección a nuestro Generalísimo, y estoy seguro que cuando éste le da anualmente el tradicional abrazo, piensa con gratitud en aquella inolvidable batalla de Brunete, que le proporcionó la victoria el día consagrado al Santo Patrón de España.

—Por último, señor ministro, ¿podría recordar y decir a nuestros lectores cuántas horas dormía Franco y cuándo se distraía en el seno de su familia o en la intimidad de sus amigos? ¿Podría contarnos alguna anécdota? Es curioso pensar que Francisco Franco, hombre, parece al pueblo español algo misterioso en sus reacciones, reacciones siempre nobles. Y suele ocurrir que, como su

personalidad escapa a la definición concreta y exacta, los españoles se dan a contar anécdotas características. Por esta razón nos gustaría oírle alguna, ya de orden militar o de su vida cotidiana?

—Amigo Calvo, me parece que hablando, hablando, se nos va el tiempo y no acabo de saciar su curiosidad. Forzosamente he de limitarme a narrarle rápidamente alguna anécdota que me venga ahora a la cabeza. ¿Dormir Franco? No sé cuántas horas dormiría, pero sé que como hombre que goza de un sistema nervioso de perfecto equilibrio y control dormía y permanecía habitualmente en el lecho seis o siete horas diarias. Se acostaba tarde, a las tres o las cuatro de la madrugada, pero aun en las vísperas de decisivas batallas le vi marchar tranquilo y confiado. Pocas veces tuve que turbarle el sueño, aunque, naturalmente, estaba autorizado a hacerlo si la ocasión lo requiriese. Mi deber me incitaba a respetar su descanso siempre que podía, y los pequeños problemas que se planteasen durante la noche casi siempre podía resolverlos yo gracias a su enorme previsión y gracias también —¿por qué no decirlo?— a que ya conocía



Franco dirige personalmente las operaciones, acompañado de su ministro de la Guerra y jefe del Ejército del Norte, general Dávila.



El Generalísimo Franco, con todos los componentes de su Estado Mayor, en Burgos, al finalizar la contienda.

su pensamiento y sus reacciones después de tanto tiempo de trabajo a sus órdenes. Sin embargo, recuerdo que una vez tuve que despertarle porque el asunto era grave. Pocas horas antes de nuestro ataque para recuperar Teruel nos encontrábamos viviendo en un tren formado por dos coches camas, un comedor y un furgón, donde yo había instalado la oficina de trabajo de la Sección de Operaciones. Manteníamos una locomotora enganchada para compensar con su calor los 13 grados bajo cero del exterior y poder trabajar en los últimos detalles de la operación, cuyo comienzo estaba señalado para el amanecer. Serían las dos de la madrugada cuando nos acostamos a descansar un rato. Poco después me despertaban anunciándome la visita de un mando importante que pretendía nada menos que corregir el despliegue de artillería por considerarlo demasiado comprometido para la suya propia, debido a que lo habíamos concebido muy adelantado para conseguir mayor profundidad en el apoyo desde los mismos asentamientos. Este punto se había discutido ampliamente en el planeamiento de la operación, y una vez más hube de defender ante aquel general nuestro punto de vista haciéndole ver las razones de aquel despliegue y la imposibilidad de demorar la operación como pretendía. Insistió tenazmente pretendiendo que despertara a S. E., y tanto machacó y tan graves perspectivas anunciaba que no tuve más remedio que entrar en el dormitorio del Generalísimo, seguro, por otra parte, de lo que me iba a contestar. Me escuchó atentamente, y dándose media vuelta en la cama se limitó a decir: "Se atacará a la hora prevista. Si no le gusta, que deje el mando. A los soldados españoles no les quitan fácilmente los cañones." Cuando transmití estas palabras al general, se quedó pensativo y me dijo: "Bien. La Infantería española es la mejor del mundo. Esperemos que pase todo como

dice S. E." Mi opinión personal es que la visita de aquel general no tenía otra razón que la de curarse en salud si venían mal dadas, cubriendo su responsabilidad por las unidades que tenía confiadas. Pertenece a una raza inteligente y astuta y en esta ocasión lo demostró. A la hora prevista se iniciaba la operación, que, como es sabido, constituyó un gran éxito.

Y ahora otra anécdota, y ésta sí que es la última. Cuando estábamos ganando la batalla de Cataluña, atacó el enemigo fuertemente los frentes andaluces, haciéndonos una brecha profunda y peligrosa. No era cómoda la situación y el General se enfadó mucho porque decía que no se habían cumplido exactamente sus órdenes en cuanto a la profundidad de la organización defensiva de aquel frente. El Ejército del Sur, valeroso, combativo y lleno de espíritu ofensivo, se avenía mal a ser siempre el yunque. Lo cierto es que, como le digo, la situación no era buena. Hubo que enviar a toda prisa una división para salir al paso del avance. Más tarde se fueron arañando otras unidades al Ejército del Centro, generosamente cedidas por el general Saliquet, que quedaba poco menos que sin reservas, y sacaron también otras del Ejército del Norte que ope-

raba en Cataluña. Franco, que seguía muy enfadado, no quería abandonar una ofensiva que le había de llevar a la victoria total, y me dijo: "No quiero distraerme con lo que pasa en Andalucía; ocúpate tú de ello. La guerra se gana aquí y no allí." Una vez más tuvo razón y comprendí la verdad de cuanto decía. No sé cómo pude sacar hasta 60.000 hombres en pocos días, pero la brecha se taponó y el frente se rehizo. El teniente general Cuesta, actual jefe del Estado Mayor Central del Ejército, sabe las noches y los días que pasamos ambos para organizar una contraofensiva que, gracias a Dios, resultó eficaz. Es de justicia que aproveche esta oportunidad para rendir tributo de admiración a aquellos mandos y unidades que, como siempre, supieron portarse con gallardía y heroísmo, superando las mayores penalidades y sacrificios. Pero la moraleja de la anécdota es consignar la visión militar de nuestro Caudillo, que comprendió sin vacilar dónde estaba la clave de la victoria. En una situación semejante, amigo Calvo, esto sólo saben decirlo los genios militares. Y con ello termino. Si me sigue usted preguntando, sus lectores nos van a hacer sentar plaza de pelmazos a los dos.

Tiene razón, sin duda, el ministro del Ejército. Como nos parece inagotable el caudal de sus conocimientos sobre la verdadera personalidad del Caudillo, lógico es que no acabemos nosotros con el tema. La conversación hubiera podido perpetuarse en ese terreno amistoso y propicio a la confianza en que la habíamos los dos planteado. Pero todo ha de concluir. Nos ha conñado el general Barroso algunos de esos pormenores de psicólogo y de historiador que los lectores españoles reclaman; y los reclaman precisamente de observadores tan agudos, tan doctos y tan directos como el ministro del Ejército, cuya atalaya ha sido y es, indudablemente, una de las más elevadas. Gracias, pues, mi ilustre y admirado general.—L. C.